

## Álvaro Pineda-Botero, *Cárcel por amor*

Bogotá, Pijao Editores, 1994, 168 págs.

Lucía Guerra Cunningham  
*University of California, Irvine*

En la literatura colombiana contemporánea, Álvaro Pineda-Botero se destaca como un novelista de admirable versatilidad. En *Trasplante a Nueva York*, que obtuviera el Premio Nacional de Novela (1983), incursiona en los aspectos inéditos del exilio, signo de vivencias en las cuales el desplazamiento geográfico deviene en símbolo de un desarraigo de carácter existencial. Por otra parte, *Gallinazos en la baranda*, finalista del concurso Plaza & Janés de 1985, nos presenta la situación colombiana a través de una variedad de personajes escindidos tanto por la perspectiva política como por la diversidad socio-cultural que da origen a voces y discursos heterogéneos.

*Cárcel por amor* es, en primera instancia, el recuento de las experiencias del pintor Aurelio Méndez Tovar, quien fue recluido en un hospital psiquiátrico de Nueva York luego de haber dado muerte a la mujer que amaba. La novela se sustenta, por tanto, en una base testimonial: cartas, bosquejos a lápiz, reflexiones escritas por el pintor en su diario de vida y una grabación de la larga entrevista de su hermana con la psiquiatra a cargo del caso. Sin embargo, lejos de ser una transcripción de documentos con valor histórico, *Cárcel por amor* es el planteamiento, a través de la ficción, de la imposibilidad misma de representar la realidad. Y de manera significativa, Álvaro Pineda-Botero deliberadamente fusiona el documento con lo imaginado, reiterando, así, la naturaleza difusa e ininteligible de las tramas de la verdad.

Los epígrafes que inician la novela prefiguran de partida el *leitmotiv* modernista de lo femenino fatal: la imagen mítica de la Madremonte que envenena las aguas de los ríos y la mujer amada que conduce al crimen y la locura. Pero la pasión amorosa, subrayada por constantes alusiones a la novela de Diego de San Pedro que se publicara en 1492, es sólo el correlato objetivo de otra pasión, la de la creación artística. Y, en este sentido, *Cárcel por amor* resulta ser la reflexión angustia-

da acerca de una realidad que desborda los límites de toda representación artística. Para el protagonista, el acto de dibujar se nutre del almacén intermedio entre la realidad y lo imaginado, implica sumergirse en el límite de dos mundos que amenazan convertirse en uno solo, que arrastran al creador a la enajenación. Pesadillas y alucinaciones son, entonces, los preámbulos de una búsqueda de la realidad que asume la forma metafórica de un penetrar en la superficie del agua —punto que separa dos universos. Sumergirse que es también vuelo, incursión en el todo: “Floto en el éter —se dice el pintor— en el azul profundo e infinito, como si mis funciones vitales, y en especial mi respiración y mi locomoción, hubiesen quedado congeladas en una eternidad perfecta, sin dolor ni ansiedad: dilución del ser en el todo, supresión del tiempo, integración absoluta al espacio” (p. 94). Significativamente, este acto de vislumbrar lo absoluto involucra también la experiencia del no discernir, de la conjunción de lo onírico, lo real, lo imaginario y lo soñado en una conciencia que gira en una ruleta y conduce al pavor de la locura.

Si, por una parte, el arte se define en la novela como jirones e impulsos que buscan una forma, esa forma se engendra fuera del sujeto creador, en una realidad que lo circunda y a la cual únicamente tiene acceso a través de la mirada. El peregrinaje por la ciudad es en sí una búsqueda de una imagen que satánicamente prolifera sólo en fragmentaciones parciales. Así, a los trazos de la joven cuyas faldas y cintas flamean como flores cayendo entre la nieve, se superponen las líneas de otro bosquejo donde aparece una mendiga rodeada de lobeznos y en medio de una tormenta.

La imposibilidad de representar una realidad siempre elusiva, por ser ella misma el entretejido confuso de alucinaciones (lo real y lo imaginado conjuntamente), se modela en la figura de la mujer amada. Ella, simbolizada por la visión premonitoria de una mariposa gigantesca, es la belleza alucinante, el cuerpo que fugazmente se entrega sin perder jamás su propia autonomía, como la tela de un lienzo que crea la ilusión de una realidad manteniendo, bajo la pintura, sus fibras textiles. El crimen se convierte, de esta manera, en el último engarce de una búsqueda infructuosa y la vida trágica de Aurelio Méndez Tovar resulta ser, en esta excelente novela, un testimonio más de los cauces de lo incomprensible.

